

SARGADELOS

Presencia de Galicia en Madrid

EN Madrid se ha abierto una puerta a Galicia. La galería Sargadelos, que se inaugura con la exposición «Presencia de Galicia en Madrid» y es fruto del esfuerzo colectivo de varios organismos culturales gallegos, puede realizar en Madrid una labor cultural similar a la que ha venido haciendo la galería Sargadelos de Barcelona desde el año 72, a través de conferencias, exposiciones y todo tipo de actividades culturales. Esta exposición es un encuentro con Galicia desde sus épocas más remotas, cargadas de vestigios celtas. Los menhires se enlazarán con la arquitectura románica y barroca, con los símbolos de antiguas creencias como las «Figas», manos de la suerte, y un presente y un pasado que se entrecruzan y forman el ser y la idiosincrasia de Galicia.

Estatuillas, objetos de loza y máscaras se apilan sobre los estantes cercanos a los libros expuestos para la venta a la entrada de la galería. Más tarde, la exposición «Presencia de Galicia en Madrid», que «nace —en palabras de Luis Seoane, pintor y escritor gallego y uno de los hombres que, con Isaac Díaz Pardo, han hecho posible esta exposición— para dar a conocer la importancia del libro gallego desde los Códices hasta nuestros días; pues, a pesar de que la imprenta en Galicia no tuvo el desarrollo que tuvo en otras partes de la Península Ibérica y Europa, tuvo también su momento digno y extraordinario, y desde el siglo XIX hasta hoy el desarrollo cultural gallego ha sido ascendente».

Pero, a pesar de todo esto, Galicia tiene varios siglos de «Hierro» dentro de su historia cultural: son los correspondientes al XVI, XVII y XVIII, época en la que por razones políticas se deja de lado la cultura, el idioma y todo lo que tenga un carácter original y distinto, propiamente gallego. El único escrito de esta época en gallego es un soneto dedicado a Ercilla con motivo de la Araucana hecho por la hermana del conde de Lemos, pero todos los intentos se acallaron y la imprenta nació en Galicia hablando en castellano como resultado de una política imperialista. «No es el hecho —como nos dice Seoane— de la imprenta. La imprenta está actuando y la gente se está expresando a través de ella en el idioma en que se le permite hacerlo en ese momento. El gallego utilizó en la Edad Media el latín, y posteriormente el castellano. Este es el período oscuro de Galicia en el sentido de que no está representada en su cultura de la manera en que debía y

hubiera sido posible con otras circunstancias políticas». El renacimiento surgió cuando estas circunstancias permitieron una cierta liberalidad, y la silenciación, aunque había sido muy dura, no pudo matar la cultura y la lengua —que habían permanecido aletargadas, no muertas—, precisamente porque «Una lengua es la mayor obra de arte que hace un pueblo, por eso no se la puede matar».

En el siglo XVIII el cura de Fiume y otros empiezan a escribir de nuevo en gallego hasta llegar al XIX, donde nos encontramos con Rosalía y Curros, que son los pioneros de este movimiento, cuya característica más importante es la de conjugar las raíces del pasado con el presente, recoger la cultura sepultada y a partir de ella unirla a la nueva cultura que se está creando de acuerdo con los tiempos modernos, para que exista una auténtica base histórica, cultural y popular que apoye las realizaciones presentes.

¿Cómo se fraguó todo esto y quién lo llevó a la práctica? La exposición que ahora nos ocupa



La «cerámica de Sargadelos» trata de inspirarse siempre en la cultura y la tradición gallegas.



Caretas que se utilizaron para la representación en Buenos Aires de la obra de Castelao «Os vellos non deben de namorarse».

es obra del Laboratorio de Formas de Galicia, que fue creado en Buenos Aires por Isaac Díaz Pardo y Luis Seoane, que nos dice que «la aspiración del Laboratorio de Formas era crear en Galicia fuentes de trabajo referidas, sobre todo, a artesanía aprovechando viejos oficios. Las primeras cosas que se hicieron fueron el museo Carlos Maside, en El Castro (La Coruña), y la fábrica de cerámica de Sargadelos». Toda la labor realizada hasta ahora por el Laboratorio de Formas está unida al espíritu de la tierra; así, el museo de pintura Carlos Maside «Nace para la pintura gallega a partir de la generación de Maside, Souto y Colmeiro, que pertenecen a una generación anterior a Castelao, y es al único —de todos los pintores precedentes a esta generación— al que hemos dedicado una parte, porque fue el único capaz de pensar en la posibilidad de una pintura gallega y capaz de pensar en un arte unido a la tierra gallega en general». Es en este museo donde se conservan las caretas que se utilizaron para la representación en Buenos Aires de la obra de Castelao «Os vellos non deben de namorarse», que fueron cedidas a Seoane por uno de los actores para que las donase al museo de El Castro, y actualmente se exponen en la galería Sargadelos.

Todos estos trabajos, junto con otros muchos más, se realizan en un lugar del Norte de la provincia de Lugo, Sargadelos, donde hace casi dos siglos don Antonio Raymundo Ibáñez Valdés tuvo el propósito de «plantificar una fábrica de hierro con los martinets necesarios y otra de ollas a imitación de las que vienen de Burdeos, en los dos ríos que nacen en los montes de Rua, provincia de Mondoñedo» (1). Este proyecto tropezó con múltiples impedimentos, hasta que por fin pudo empezar a funcionar la fábrica, aunque la historia de Sargadelos fue siempre un continuo abrir y cerrar la fábrica —hecho que sucedió cuatro veces, atravesando en estos cuatro períodos

épocas totalmente distintas en las que Sargadelos trataba de encontrar su verdadera personalidad—.

El Laboratorio de Formas recobra los restos del pasado y recrea de nuevo la fábrica de Sargadelos, pero esta vez las fuentes de inspiración para la creación de modelos van a ser bien distintas, puesto que van a partir de raíces típicamente gallegas y populares, que recogen toda la tradición cultural de la tierra. Los motivos que el tiempo y el olvido habían abandonado han sido recogidos y plasmados en la cerámica, que ahora tiene un estilo propio, que ahora posee una personalidad. Sargadelos ha convertido en realidad el propósito de Castelao de crear un arte unido a la tierra gallega, que va desde el elemento recogido de antiguas leyendas y tradiciones —como son dos de las primeras creaciones de Sargadelos «Botelliña ca imaxe de San Andrés» y «A pomba pra herba de namorar»— hasta las «xarras homenaxe», pasando por una serie de figuras populares de galeiros, afiadores, leiteiras... Fue este motivo, sus fuentes de inspiración y su carácter las que dieron el éxito a esta cerámica, de la que nos dice Seoane que «trata de inspirarse siempre en la cultura y en la tradición gallega, eso sin sacarle el carácter de ser porcelana y cerámica de nuestro tiempo; es decir, siendo siempre algo que se crea hoy. Sargadelos no trata de vivir fuera de la realidad de su tierra, es al contrario, está con ella». Se crea una conjunción entre el presente y el pasado, el barroco se retuerce entre las formas actuales, que conectan con el románico compostelano sin que nosotros nos percatemos de cómo se realiza esta conjunción, pero siendo conscientes de los elementos que la integran.

Los encargados de realizar esta misión han sido un grupo de importantes artistas gallegos, al frente de los cuales se encuentra Isaac Díaz Pardo, que junto con Carmen Arias y José Díaz se dedican a la creación de nuevos modelos y dirigen la escuela de cerámica que se ha creado en Sargadelos. ■ MARIA ANTONIA G. QUESADA.

(1) «Cerámica de Sargadelos», de Bello Piñeiro. Ediciones del Castro, La Coruña, 1972.